

de ella. Cuando la abuela ya no puede hacer nada útil, corre el riesgo de que se la abandone, que se la eche. Hay ciertas instituciones de caridad que recogen a los ancianos, pero a finales del siglo, la gravitación de los viejos comienza a preocupar a los poderes públicos.

En los medios ricos, las madres y las abuelas alcanzan su máximo poder: a menudo viudas, disponen libremente de considerables bienes que administran con una prudencia absolutamente conservadora. Reinan como "matriarcas" sobre una descendencia que las trata con mucho miramiento.

Escritores y poetas son siempre crueles para con aquellas que han perdido juventud y belleza. "Sombras apergaminadas", "desechos de humanidad", dice Baudelaire. Pero nada pueden los sarcasmos contra un proceso ya irreversible. La salud de las mujeres mejora y su vida se prolonga (para las francesas, la esperanza de vida pasa de 34 a 52 años en el curso de un siglo); la vejez llega más tarde. Pero el tiempo de las maternidades, por su parte, se acaba antes. La edad madura se expande. Y en los casos más favorables, ofrece a las mujeres un hermoso horizonte de libertad.

## Sexualidades peligrosas

Judith R. Walkowitz

En lo referente a la sexualidad no hay nada natural, inevitable o estable. Para citar a los historiadores Kathy Peiss y Christina Simmons, la sexualidad no es "una realidad biológica inmutable ni una fuerza universal de la naturaleza", sino, más bien, "resultado de un proceso político, social, económico y cultural". Esto quiere decir que la sexualidad tiene una "historia". Mientras que determinadas pautas de comportamiento y de significación han prevalecido durante un periodo muy prolongado —por ejemplo, el travestismo o la imagen de la alcahueta como madre—, otras prácticas ponen de manifiesto una variabilidad realmente notable. Incluso las prohibiciones de incesto, supuesta base fundamental de los tabúes sociales, han expandido y estrechado de manera muy variada los límites de las relaciones sexuales permisibles a lo largo de la historia europea.

Las culturas sexuales del siglo XIX ejemplifican el carácter de construcción social propio de la sexualidad. En el siglo XIX, la sexualidad constituyó un arduo terreno de discusión, en el que, tanto en privado como en público, se desarrollaron no sólo conflictos relativos al sexo, sino también a la clase social y a la raza. Diversos grupos sociales e intereses profesionales trataron de extender su autoridad a través del pánico moral, los escándalos sexuales y la actividad legislativa. En el máximo nivel público, hombres y mujeres participaban en luchas que también habrían de redefinir su identidad y subjetividad más privadas.

Cuando los victorianos hablaban de sexo, se referían sobre todo al peligro sexual, a la proliferación de prácticas sexuales fuera de la santidad del hogar, sin compromiso con el acto creador. Sin embargo, esta explosión discursiva se dio también en íntima relación con tensiones en torno a los cambios relativos a la norma matrimonial de la clase media; la vertical caída de la tasa de

natalidad ponía cada vez más en evidencia que el lecho conyugal se había convertido en un sitio de sexualidad no procreadora, de intimidad personal y de desarrollo individual. Debido a sus implicaciones para la feminidad normativa, para los victorianos el sexo no procreador en el seno del matrimonio resultó tan perturbador como la expansión del sexo comercial y las relaciones homosexuales al margen de la heterosexualidad doméstica. Junto con el auge del culto de la clase media a la domesticidad se dio una celebración de la "verdadera" mujer burguesa como madre y una insistente negación de la sexualidad femenina no reproductiva. A lo largo del siglo XIX, el modelo clasista de sexualidad femenina se somatizó cada vez más, con el apoyo de la opinión de las autoridades médicas, a quienes movía el vivo deseo de extender su autoridad cultural al cuerpo femenino. Aunque los médicos discutían acerca del grado de desapasionamiento femenino, estaban en general de acuerdo en atribuir a las mujeres respetables, como máximo, una sexualidad secundaria, de segunda mano, subordinada al placer masculino, carente de autonomía, una pálida imitación del deseo erótico del varón.

El desapasionamiento femenino extraía su significado de su oposición a una sexualidad masculina activa y a las prácticas femeninas transgresoras, que se tendía a calificar de masculinas o propias de una baja condición social. En el siglo XIX, cuatro prácticas —el aborto, la prostitución, el travestismo y las amistades románticas— adquirieron notoriedad como transgresiones sexuales que implicaban la actividad y la elección libre de la mujer. Estas prácticas, sin exclusión, son anteriores al siglo XIX, pero en el paisaje urbano moderno ocupan una nueva posición debido a su asociación con una clase social distinta de mujeres, o bien porque adquirieron nuevo peso y significado en tanto problema social y de identidad. En diferentes momentos del siglo, estas cuatro prácticas se institucionalizaron como definiciones oficiales de actividades ilícitas de mujeres sexualmente desordenadas. Sin embargo, estas categorías abarcaban mucho más que una conducta sexual desordenada: no sólo tenían tanto que ver con la actividad sexual no procreadora, sino también, cuando no más aún, con el trabajo, el estilo de vida y las estrategias de reproducción, la moda, la autoexhibición y los afectos no familiares de las mujeres.

La historia de las sexualidades peligrosas en el siglo XIX ilustra el complicado proceso de negociación cultural y debate en la formación de la sexualidad victoriana. Las disputas y los intercambios culturales en torno a las sexualidades femeninas peligrosas tuvieron lugar en todo el espectro social y en múltiples espacios urbanos: en el burdel y en la calle, en el *music hall* y en la clínica, en los más perdidos callejones suburbanos y en la comodidad de los salones de clase media. Hombres y mujeres distintos empleaban una variedad de lenguajes sociales rivales para interpretar la experiencia sexual, desde el lenguaje del comercio sexual o las representaciones de los periódicos sensacionalistas, hasta el autorizado lenguaje del derecho y la medicina. En estas discusiones, la trasgresión de género y la trasgresión sexual se solapaban constantemente, y cualquier identidad sexual construida en relación con tales prácticas era intrínsecamente inestable y contradictoria.

El siglo XIX fue un momento histórico. En efecto, fue entonces cuando las mujeres de clase media consiguieron acceder al espacio público para hablar de cuestiones sexuales, gracias a los medios masivos de comunicación y a las redes políticas disponibles en un dominio público que se definía según nuevos términos. Pero por nuevo que todo esto fuera, tales mujeres aún se hallaban imaginariamente atadas por un repertorio cultural limitado y forzadas a remodelar los significados culturales dentro de ciertos parámetros. No es que hayan experimentado la pasión sexual y hayan encontrado naturalmente las palabras adecuadas para expresar tales sentimientos, ni que experimentaran el peligro sexual y



En las urbes del siglo XIX la prostitución respeta las divisiones de clase. Henri de Toulouse-Lautrec (1864-1901), *Mujer estirando sus medias*. París, Museo de Orsay.

encontraran naturalmente las palabras adecuadas para expresarlo. Por el contrario, para hablar de su "verdad" tuvieron que valerse de los conceptos que la cultura de la época ponía a su disposición.

### La prostitución

La magnitud, la visibilidad y la proteica naturaleza de la prostitución constituyó un rasgo distintivo de las ciudades del siglo XIX. Los observadores, enfrentados a las "criaturas pintadas" paseándose tanto por calles atestadas como por apartadas callejuelas de la ciudad con sus "vestidos chillones" y sus miradas agresivas, contaban por decenas de millares las prostitutas en las principales ciudades (aunque, en realidad, estas cifras oficiales eran notoriamente muy poco fiables). La jerarquía social de las prostitutas reflejaba la estructura de clase y la distribución social de los centros urbanos. La vida sexual clandestina de Nueva York iba desde las elegantes mansiones de la Quinta Avenida, donde los hombres ricos mantenían a sus queridas, hasta las tabaquerías de Canal Street, que surtían a trabajadores y marineros. En Londres, la geografía social del vicio se extendía de las cortesanas de St. John's Woods a las prostitutas callejeras elegantemente ataviadas que deambulaban por los distritos comerciales de moda de Regent Street, mezcladas con damas respetables, y a las pobrísimas mujeres —las *kneetremblers* y las *round de corner Sallies*— que cometían "actos indecentes" (y a veces de pie) en los mal iluminados callejones y patios de los barrios bajos para ganar el dinero necesario para el alojamiento nocturno. En Estados Unidos, la segregación racial también contribuyó a estructurar el mercado de la prostitución: en Nueva Orleans, burdeles blancos y burdeles negros, segregados, se hallaban unos junto a los otros; en los *cribs*\* de varias plantas de San Francisco, las mujeres europeas y las norteamericanas ocupaban los pisos altos, mientras que las mexicanas, las japonesas y las chinas eran relegadas a los niveles más bajos. En estos centros urbanos, la geografía de la prostitución cambió constantemente en respuesta a los cambios del entor-

\* Mantenemos la palabra *crib* del original, que debe entenderse, irónicamente, como "alojamiento", más exactamente cuchitril, tugurio. (N. del T)

no físico y social. En Berlín, París y Londres, las putas pobres ejercían en general su comercio en el centro tradicional de prostitución, particularmente en las viejas y estrechas calles de los distritos populares, pero la aparición de los nuevos centros de entretenimiento o los edificios de una terminal ferroviaria también podían ejercer un enorme magnetismo sobre las mujeres públicas.

En comparación con la prostitución masculina, la prostitución femenina podía ser un negocio ostensible y con gran inversión de dinero, infraestructura y organización del trabajo muy elaboradas. Éste es ciertamente el caso de las prostitutas más organizadas que trabajaban en prostíbulos, donde a menudo percibían salarios y tenían ropa, casa y comida. Alternativamente, la prostitución podía ser también una forma de autoempleo, sobre todo en lo concerniente a la gran cantidad de mujeres que recorrían las calles de la ciudad y frecuentaban sus teatros y tabernas. A lo largo del siglo XIX, los lugares donde se comercializaba el sexo se extenderían a salones de masaje, baños, salas de baile, *tableaux vivants*, *café chantants* y *music halls*. Para familiarizarse con los emporios del vicio de una ciudad, el visitante masculino solía verse obligado a comprar un libro de bolsillo o una "guía del caballero" que detallaba precios, ubicación y servicios de distintos establecimientos.

Estuvieran fijas en un sitio o bien deambularan, formaran parte de una elaborada organización o fueran meramente ocasionales e improvisadas, en cualquier caso las prostitutas eran las "hijas no cualificadas de las clases no cualificadas". La vida de estas mujeres no se diferenciaba de la que llevaba un gran cuerpo de mujeres trabajadoras que no residían con su familia y que tenían que ganarse la vida a duras penas en el mercado de trabajo urbano. Las investigaciones sociales sobre la prostitución en diferentes localidades coinciden en identificar a las mujeres de la ciudad como inmigrantes recientes que provenían de la zona rural vecina o bien como hijas de artesanos urbanos en declive. Previamente, estas mujeres habían trabajado en empleos por salarios de subsistencia o menos aún, como los grados inferiores del servicio doméstico, la lavandería, los trabajos de aguja y determinadas formas de trabajo fabril. En las últimas décadas del siglo XIX se desarrolló un modelo de reclutamiento ligeramente modificado: vendedoras, camareras y cantineras in-

gresaron en las filas de las prostitutas, reflejando así el nuevo pero igualmente bajo nivel de ocupaciones femeninas no cualificadas en el sector terciario de la economía. Este hecho también reflejaba el desplazamiento de la prostitución de la calle a nuevos espacios de comercialización del sexo. El carácter fluido y no institucionalizado de la prostitución callejera permitió que un considerable número de trabajadoras complementaran sus sueldos insuficientes con dinero que ganaban con los favores sexuales que comerciaban en la calle. Incluso para las que se ganaban la vida principalmente con la prostitución, la “vida alegre” sólo representaba un “refugio [temporal] en momentos difíciles”; en su mayoría, las jóvenes abandonaban el comercio a finales de la veintena.

Mientras ejercían la prostitución, las mujeres participaban de una vida colectiva de características propias. A menudo, cuando una mujer entraba en un prostíbulo adoptaba un nuevo nombre y aprendía nuevos rituales, así como un argot relativo al comercio sexual. A pesar de la explotación económica de las pupilas del burdel, a pesar de las limitaciones a su libertad y de las tensiones que surgían entre ellas y entre las prostitutas y la madama, el prostíbulo solía funcionar como una familia sustitutiva y como un sistema de apoyo para las mujeres.

Los observadores de la clase media calificaban de tediosa, claustrofóbica —como veremos más adelante— y perversa la vida en el burdel, pero no es tan claro que las trabajadoras lo vivieran de esa manera (aunque tuvieran otras quejas). La vida en el prostíbulo dejaba tiempo libre y margen para actividades de recreo —tocar el piano, charlar, cantar, leer novelas ligeras—, todo lo cual ha de haber constituido un auténtico placer para las mujeres de la clase trabajadora cuyos empleos alternativos habían sido el de costurera o el de sirvienta. Las busconas que hacían la calle y vivían en cuartos alquilados también participaban en una subcultura que desafiaba los códigos de la respetabilidad femenina y, al mismo tiempo, estaba condicionada por la precariedad y expuesta a los terribles peligros de la “vida”.

Los comentaristas de clase media se quejaban una y otra vez de la agresividad física y visual de las “mujeres pintadas y emperifolladas que vagaban por las calles” en “sucia muselina blanca y grasienta y barata seda azul”. Sin sombrero, sin chaques, lanzando “miradas perversas”, estas mujeres exhibían su figu-

ra a los viandantes. El código de vestimenta de las rameras servía como medio de publicidad de sí mismas y de atracción por los clientes. Algunas prostitutas irían más lejos, hasta llegar a exhibir sus mercancías: dejaban a la vista tobillos, piernas y senos, o bien se chupaban ostentosamente el pulgar para indicar el tipo de servicio sexual que ofrecían.

A menudo los clientes se sentían defraudados por estos servicios sexuales. En la mitad de los *cribs* de San Francisco, los hombres se sentaban en bancos de madera a la espera de un encuentro tan rápido que apenas tenían tiempo de bajarse los pantalones. Incluso en sitios más caros, se cargaba el acento en el orgasmo rápido, en la carencia de vínculo emocional y en la ausencia de reciprocidad. Un joven a quien su padre había llevado a una lujosa casa de citas de Nueva Orleans para su iniciación sexual, describió luego la experiencia como un “procedimiento mecánico que [...] duró quizá un minuto”. Bien podían haber preferido los clientes los entretenimientos voyeuristas que proporcionaban los grandes prostibulos de finales del siglo XIX, que presentaban *tableaux vivants*, *striptease* y escenas lésbicas.

Los clientes se sentían especialmente apenados cuando contraían una enfermedad venérea en encuentros sexuales con prostitutas o cuando éstas se volcaban a una actividad más lucrativa que el trabajo sexual: el robo. Las busconas callejeras trabajaban normalmente en parejas, no sólo para protegerse de los abusos de los hombres, sino también para subyugar y robar a los clientes achispados. Las columnas de noticias de policía de los periódicos locales estaban llenas de relatos de altercados de borrachos y de pequeños hurtos entre prostitutas y sus clientes. Semejante conducta de violencia y vejación no era única en el mundo de las prostitutas y sus clientes. La violencia física era una característica común de las relaciones heterosexuales en los burdos barrios obreros. Muchas veces, cuando los investigadores trataron de aprehender la naturaleza de las relaciones de sexo entre los pobres sin cualificación profesional de Londres y de París, se encontraron en una “incomprensible región”, para citar a la historiadora Ellen Ross, “donde las mujeres no parecían damas ni daban muestra alguna de deferencia, donde los hombres pugnaban por mantener su autoridad sobre ellas, donde el ‘antagonismo sexual’ se reconocía abiertamente”.

Sin embargo, en distintos aspectos, las prostitutas se diferenciaban de la gente de los barrios obreros donde solían residir. En primer lugar, solían tener un nivel de vida superior. A pesar de la inestabilidad del ingreso y de los peligros e incertidumbres ocupacionales inherentes al trabajo sexual, en general las prostitutas vestían mejor que las otras mujeres del barrio y gastaban dinero a la par de los vecinos varones. Las prostitutas que vivían en cuartos de alquiler o en burdeles estaban notablemente distanciadas del sistema familiar que constituía el principio de organización social y económica de las comunidades obreras.

No obstante, entre los trabajadores ocasionales más pobres, acostumbrados a tiempos difíciles y obligados también a duras adaptaciones a la presión de imperiosas necesidades sociales, las prostitutas podían gozar de cierta integración social. En su estudio del año 1836 sobre las prostitutas parisinas, Parent-Duchâleat encontró pruebas de complicidad y tolerancia obreras para con las prostitutas: aproximadamente la mitad de las que se casaban elegían hombres que vivían en la misma calle, a menudo en el mismo edificio, mientras que aproximadamente la mitad de las mujeres a quienes los padres rescataban de la prostitución habían vivido siempre en su casa. Algunas instituciones de los barrios obreros estimulaban esta integración, en particular la taberna y el *music hall*, donde los observadores de clase media se sorprendían ante la "convivencia del vicio y la virtud". La camaradería de la taberna quedó demostrada en el año 1888 en el funeral de una de las víctimas de Jack el Destripador. El ataúd de Marie Jane Kelly fue cubierto con coronas de amigos "que frecuentaban ciertas casas públicas en común con la asesinada".

Fuera de la taberna no todas las mujeres respetables respondían con tanta bondad. La tolerancia que la comunidad tenía para con las prostitutas dependía del carácter específico del barrio obrero: su etnia y su raza, su nivel de respetabilidad y de prosperidad. También dependía de la mayor o menor presión exterior que se ejerciera sobre los pobres para que se adhieran a un patrón más severo de respetabilidad sexual. Esta intervención exterior habría de afectar directamente la estructura del mercado de la prostitución, y también el carácter de la relación social de las mujeres con la comunidad de trabajadores pobres.

Al promediar el siglo XIX, la notoria y desordenada actividad de las prostitutas irritó profundamente a toda una gama de reformadores de clase media.

Inmediatamente después de las revoluciones populares y de la devastadora epidemia de cólera de los años treinta y cuarenta, los reformadores sanitarios y los autores de "estadísticas morales" llegaron a obsesionarse con la inmoralidad, la basura de la ciudad, el contagio y el desorden social que emanaban de la "chusma", o *Great Unwashed*, como se la llamaba. Para ellos, la prostituta, tanto en sentido literal como en sentido figurado, era la vía de infección de la sociedad respetable, una *plague spot*, una pestilencia, una úlcera. Al igual que los suburbios de los que provenía, se pensaba —sostiene Alain Corbin—, que llevaba consigo los "penetrantes olores de las masas" con sus "perturbadores mensajes de vida íntima". La prostituta evocaba una memoria sensorial de todos los "cuerpos femeninos resignados" que atendieron las necesidades físicas de los hombres de clase alta en barrios respetables: la niñera, la vieja sirvienta, la "mujer de clase baja que, en el corazón de la casa burguesa, satisface las necesidades corporales", que está al servicio del cuerpo burgués.

La preocupación oficial por la prostitución como forma peligrosa de actividad sexual, cuyos límites el Estado debía controlar y definir, condujo a la aprobación de un conjunto de regulaciones en casi todos los países de Europa hacia los años sesenta del siglo XIX. Lejanamente inspirados en el modelo napoleónico, los sistemas de regulación exigían a las prostitutas registrarse ante una "policía moral" y someterse a inspección médica para controlar las enfermedades de transmisión sexual. Ciertos sistemas de regulación les exigían también que residieran en burdeles registrados. Con excepción de Gran Bretaña y de Bélgica, la regulación policial de la prostitución se desarrolló más como procedimiento administrativo que como normativa jurídica propiamente dicha.

Los partidarios de la regulación evaluaban la supervisión y la inspección de las prostitutas como una defensa de la salud pública, de la decencia pública y del orden público. Al tratar la prostitución como un "mal necesario" utilizaban un doble patrón de sexualidad, que justificaba el acceso sexual masculino a una clase de mujeres caídas. Confiaban en el imperativo fisiológico del

deseo sexual de los hombres, pero, cuando se trataba de su contrapartida femenina, solían desarrollar un doble juego. Por un lado, los regulacionistas condenaban a las prostitutas como flagrantes transgresoras sexuales, tan “asexuadas” como para mostrar un deseo “masculino”; por otro lado, insistían en que el deseo sexual de las prostitutas no pintaba para nada en la situación. En 1871, un informe parlamentario británico insistía en que era imposible establecer ninguna comparación entre las prostitutas y los hombres que entraban en relación con ellas: “Para un sexo, la ofensa cometida es una cuestión de beneficio económico; para el otro, de irregular tolerancia respecto de un impulso natural”.

Los defensores de la regulación afirmaban que la inspección sanitaria de las prostitutas controlaría la difusión de enfermedades venéreas. Basaban su aserto en el supuesto de que la sífilis, que en ciertas poblaciones era endémica, se había difundido a través de la promiscuidad sexual con prostitutas enfermas, y también que había métodos de diagnóstico y de terapia adecuados para llevar a cabo la inspección y abordar el tratamiento de las prostitutas enfermas. En respuesta a las críticas que les dirigían quienes sostenían que el “contagio” afectaba por igual a varones y a mujeres, y que examinar y aislar a un sexo sólo sería como vacunar únicamente a un sexo, los regulacionistas replicaban que sólo las mujeres “engendraban contagio”, que “ése era su oficio” y que también “podían ocultar la enfermedad”. El prejuicio de clase y el prejuicio sexual impregnaban todo el procedimiento de inspección sanitaria de las prostitutas. Los médicos se sorprendieron de la hostilidad ante el examen especular que encontraron en las mujeres registradas, quienes se referían al espéculo del médico como al “pene del gobierno”. Es evidente que las prostitutas entendían la revisión del espéculo como un acto voyeurista y humillante, un acto que infligía dolor mental y físico a la víctima femenina.

Un sistema de *police de moeurs*, afirmaban los regulacionistas, también contribuía a la decencia pública al controlar el espectáculo público del vicio. Esto se convirtió en un objetivo policial particularmente importante en la segunda mitad del siglo XIX, cuando se presionó cada vez más a la policía para que limpiara de putas calles y teatros, a fin de dar espacio a las mujeres respetables. En París, las prostitutas tenían prohibido aparecer en público de cualquier manera que llamara la atención antes de que se encendie-

ran las luces de las calles; tenían que vestirse decentemente. En Hamburgo, el código municipal regulaba detalladamente la ropa de las mujeres de mala fama y los distritos donde se les permitía circular. La intención era, por doquier, controlar el deambular clandestino, las mujeres no registradas, que, con “colores vistosos”, “actitud provocadora” y miradas desvergonzadas, trataban de llamar la atención de los transeúntes.

También la segregación de las prostitutas respecto de la comunidad obrera era esencial para la preservación del orden público. Con este objetivo en mente, los regulacionistas exhibían considerable entusiasmo por la intervención del Estado en la vida de los pobres. La policía de Gdansk insistía en que los prostíbulos no supervisados se convertían en refugios de criminalidad y de desorden social. Y advertían que el traslado de las prostitutas de los burdeles registrados a habitaciones privadas o cuartos de alquiler produciría una desmoralización de las familias pobres, a quienes se podría alentar a que sirvieran de alcahuetas o a que abrazaran otras formas de relacionarse con la comercialización del sexo. A través de los procedimientos policiales de estigmatización pública —como las visitas domiciliarias, la notificación a empleadores y miembros de la familia acerca de las mujeres que “hacían la calle” o el requisito de que las prostitutas asistieran para su revisión a una casa donde se hallaban a la vista pública—, los funcionarios encargados de aplicar la regulación procuraban clarificar la relación entre los pobres respetables y los no respetables, y, en particular, forzar a las prostitutas a aceptar su estatus de mujeres públicas mediante la anulación de sus relaciones personales con la comunidad obrera pobre.

Sin embargo, se resistió a la regulación. Y no precisamente por sus víctimas. La oposición política a la regulación se levantó primero en Gran Bretaña en 1869, luego una coalición de reformadores morales de clase media feministas y trabajadores radicales exigieron la revocación de la legislación sobre enfermedades contagiosas, que instauraba un sistema de inspección policial y médica de las prostitutas en ciudades fortificadas y puertos del sur de Inglaterra. Bajo el carismático liderazgo de Josephine Butler, la campaña abolicionista arrastró por primera vez a la liza política a millares de mujeres, y las alentó a que desafiaran los centros masculinos de poder —como la policía, el Parlamento y los establecimientos médicos y

militares— implicados en la aplicación de las leyes. La participación de mujeres de clase media en estos esfuerzos por la revocación conmovió a muchos observadores contemporáneos, que vieron con horror cómo, por todo el país, las damas se subían a las tribunas para denunciar las leyes como un “sacrificio de las libertades femeninas” a la “esclavitud del deseo de los hombres” y a describir con todo detalle “el ultraje instrumental” del examen ginecológico.

Las feministas de mediados de la era victoriana denunciaron la regulación como una invasión corporal y una violación de los derechos constitucionales de las mujeres de clase obrera. Interpretaban la prostitución como esclavitud sexual y a la vez como resultado de las artificiales limitaciones a la actividad social y económica de las mujeres, puesto que los salarios inadecuados y las restricciones al empleo industrial femenino obligaban a algunas mujeres a salir a la calle, donde se sumaban a la “industria mejor pagada”: la prostitución. En determinados momentos, expusieron una sutil concepción de la relación entre la prostitución y las



La imagen sugiere que el prostíbulo significaba el abandono de la calle para obtener un techo, comida y un ámbito “familiar” de contención. 1895. Escena de burdel.

costumbres de los trabajadores pobres. “Para los pobres”, declaraba Josephine Butler, “la línea divisoria entre la virtud y el vicio se iba borrando gradual e imperceptiblemente”, de modo que era “imposible asignar un nombre” a las prostitutas, así como imposible “destinarlas infaliblemente” a una categoría marginal. Lo que condenaba a las mujeres a una vida de pecado —sostenían las feministas— no era, pues, la prostitución *per se*, sino el sistema de regulación, puesto que las estigmatizaba y les impedía encontrar un empleo alternativo respetable.

Las feministas también denunciaban la regulación porque justificaba y protegía las condiciones sanitarias del “vicio” masculino. En su lugar, ellas reivindicaban un único patrón de sexualidad sobre la base del ideal de castidad femenina. No sólo criticaban la agresiva sexualidad masculina, sino que también dejaban en claro su profunda ambivalencia y repugnancia respecto de las prostitutas, en particular de aquellas que no querían ser reformadas y que manipulaban su sexualidad como una mercancía. “He visitado muchas ciudades”, declaraba la Butler, “y nunca encontré una desdichada mujer que no tuviera todavía cierto [recato]...”. Pero cuando llegó a las ciudades donde estaba en vigencia la regulación se encontró con prostitutas impenitentes que “francamente, no me gustaron. Parecían frías y duras, y me contaron en un tono completamente desprovisto de emoción que estaban registradas, que no hacían ningún mal ni causaban ningún daño, porque iban regularmente a su revisión”. No obstante, como libertaria enemiga del Estado, Josephine Butler abogaba por la autolimitación y el trabajo de redención entre las prostitutas, en lugar de la regulación estatal o la represión. Si las prostitutas elegían vender sus cuerpos en la calle tenían el derecho a hacerlo sin ser molestadas por la policía.

El ejemplo de Josephine Butler movió a las mujeres de casi todos los países de Europa a abordar el tema de la prostitución. La oposición de las feministas norteamericanas consiguió impedir la introducción de la regulación en Estados Unidos, salvo para el caso de San Luis, donde se implantó en 1874; pero aun allí fue revocada al poco tiempo, ante la masiva oposición religiosa y de las feministas. Rápidamente se lanzaron retos al liderazgo de Butler y a su política, tanto en Gran Bretaña como en el extranjero. Muchas mujeres de las “asociaciones morales”

alemanas, por ejemplo, condenaron la prostitución como un crimen y acusaron al gobierno de complicidad, a través de su sistema de *police de moeurs*; más liberal fue la posición que adoptaron los abolicionistas alemanes, quienes centraron sus energías en el rechazo de la licencia estatal.

En nombre de la pureza social y del patrón único de castidad sexual, muchos abolicionistas británicos colaboraron en el lanzamiento de un asalto masivo a la sexualidad no conyugal, no procreadora. Después de la suspensión del sistema de regulación, en 1883, Butler y sus aliadas desplazaron la atención al tráfico extranjero de mujeres y al secuestro de niños para dedicarlos a la prostitución en Londres. En 1885 persuadieron al periodista W. T. Stead para que publicara en *Pall Mall Gazette* un relato sensacionalista de prostitución infantil, titulado "Maiden Tribute of Modern Babylon". El artículo produjo un efecto electrificante en la "opinión pública" y obligó al Parlamento británico a aprobar, en 1885, la Enmienda a la Ley Criminal, que elevaba hasta los dieciséis años la edad de consentimiento para las niñas y daba mayores poderes sumarios a la policía para reprimir a los dueños de lupanares y a las putas callejeras. Una cláusula adicional del texto legal declaraba ilegales los actos indecentes entre varones adultos aquiescentes. En toda Gran Bretaña se crearon grupos populares de pureza social para vigilar el cumplimiento de esta ley. Los grupos de pureza no tardaron en dirigir la atención a los libros obscenos, la literatura sobre control de natalidad y los anuncios de abortivos, los espectáculos de *music hall* y los desnudos en la estatuaria. Para estos cruzados, la cultura pornográfica, definida con tanta amplitud, era una vil expresión del "placer masculino indiferenciado" que terminaba por conducir a la homosexualidad y a la prostitución.

Estas movilizaciones ejercieron una compleja influencia sobre la organización de la prostitución. La represión legal recompone la geografía social del vicio, en particular en Gran Bretaña y en Estados Unidos, donde los grupos de pureza social habían obligado a la policía a severas acciones en burdeles y con las busconas de la calle. Como resultado de la represión policial, se arrancó a las prostitutas de sus respectivas vecindades y se las obligó a encontrar cuartos de alquiler en otras zonas de la ciudad. Separadas de toda otra relación que les sirviera de apoyo, tuvieron que descansar cada

vez más en los proxenetas, tanto en busca de seguridad afectiva como a modo de protección de las autoridades legales. En éstos y en otros aspectos, una sostenida política de represión abrió una brecha entre las prostitutas y la comunidad obrera pobre, cuya consecuencia fue la dispersión de la prostitución, el agravamiento de su carácter clandestino y el ahondamiento de su vinculación con la delincuencia del hampa. En Estados Unidos, la represión de la prostitución también reforzó pautas de prejuicio racial. El cierre de los distritos peligrosos coincidió con la masiva migración de los negros del sur a las ciudades del norte. Mientras la prostitución blanca llegó a estar bien a la vista, las negras que hacían la calle corrían mucho más riesgo de ser arrestadas.

En el continente, aun sin cambios en la política de la policía, los prostíbulos regulados se hallaban en franca decadencia, mientras que, al parecer, la proporción de prostitutas "subrepticias" que escapaban a la red policial se incrementaba notablemente. En conjunto, el sistema de lupanar había sido víctima de un cambio de gusto del consumidor: "El público ha perdido su apetito por los recursos que se le ofrecen oficialmente", explicaba un observador francés, "el comercio se inclina más bien a las casas de citas, donde se practica una mayor discreción y donde, con un poco de imaginación, se siente el aire de la aventura". "Además", agregaba el abolicionista Abraham Flexner, "a las mujeres las invade por completo el deseo de gozar de su libertad. Prefieren el temerario abandono de las calles, los cafés y los teatros". En Londres y en París se empleaba "cualquier subterfugio imaginable" en el esfuerzo por practicar la prostitución "subrepticia": se anunciaban cuartos en alquiler, lecciones de lengua extranjera, costura y masajes, todo eso como "cebo para el curioso". Los abolicionistas insistían en que los grandes lenocinios que aún quedaban sólo podían sobrevivir si ofrecían servicios sexuales "exóticos" y exhibiciones fantásticas.

Tanto para las mujeres como para los hombres, las prostitutas ocupaban una posición equívoca y de profundo simbolismo en un imaginario paisaje urbano. Las mujeres de clase media organizaban su identidad en torno a la figura de la "mujer caída", una fantasía que remodelaban y manipulaban para explorar su propia subjetividad. La mayoría de las mujeres aceptaba a la prostituta como una "otra" degradada; la envilecida alternativa sexualizada



a la feminidad materna y doméstica. Cuando Margret Boveri, de veinte años, le preguntó a su madre qué quería decir “prostituta” la respuesta que recibió fue la siguiente: “Las prostitutas son chicas caídas, en venta, que lo hacen por dinero, y que incluso gozan con ello”. Hasta las reformadoras femeninas, que simpatizaban con la condición de las prostitutas en tanto mujeres que sufren una fuerte presión económica, odiaban su “pecado” y mantenían una posición ambivalente entre mujeres buenas y malas, vírgenes y magdalenas. Josephine Butler trató de superar esta división transformando las prostitutas en madres magdalenas e inocentes víctimas femeninas del vicio masculino. En su propaganda abolicionista empleó las tradiciones del melodrama literario para contar la historia de las mujeres registradas, con lo que permitía a las magdalenas caídas hablar en voz alta y “maldecir” a los hombres por su iniquidad.

Sin embargo, la identificación de Butler con la “feminidad sufriente” estaba cargada de contradicciones y de dificultades. A pesar de ser adalides de la causa de las mujeres caídas y de las niñas “en peligro”, las reformadoras establecieron una relación jerárquica y protectora con las “hijas” a las que intentaban ayudar. Su lenguaje melodramático de victimización femenina privaba a las prostitutas de cualquier factor activo de subjetividad compleja: sólo podía concebirlas como víctimas inocentes falsamente atrapadas en una vida de vicio, agentes involuntarios de su propia historia, sin pasión sexual, todavía no “muertas para la vergüenza”, todavía poseedoras de “recato” femenino.

Es cierto que una política feminista de la prostitución pudo haber ejercido una influencia ambigua sobre esta última, pero no hay duda de que, para las mujeres de clase media, representó el acceso al espacio público y una nueva “licencia” para hablar públicamente sobre temas sexuales. Estas campañas pusieron al descubierto “sombras ominosas”, “espectros” y “temores fantasmales” que oscurecieron la visión femenina de las relaciones heterosexuales. La exposición de *Maiden Tribute*, declaraba una feminista londinense, abrió “nuevas posibilidades”. Las revelaciones de Stead, afirmaba otra mujer, “derribarón una barrera para las mujeres”. “Después de ellas, nadie fue ignorante por necesidad”. Impulsadas al “habla” por el “miedo”, ciertas “nuevas mujeres”

progresistas de finales del siglo —la escritora Olive Schreiner, por ejemplo— violaron los límites de la pureza social y el desapasionamiento para reflexionar sobre el deseo heterosexual recíproco. Estas exploraciones, no obstante su carácter pionero, continuaron oscurecidas por un sentido de vulnerabilidad sexual y por diferentes reservas respecto a los hombres. Para ellos, lo mismo que para mujeres más convencionales, la prostituta seguía siendo un símbolo turbador y amenazante, un ejemplo de falta de libertad sexual de las mujeres, porque su sexualidad estaba ligada a la necesidad económica.

Para las mujeres de clase obrera, la prostituta era también un espectáculo central en un conjunto de encuentros y de fantasías urbanos. En público, una mujer pobre corría permanentemente el riesgo de que la tomaran por ramera; tenía que demostrar una y otra vez con su vestimenta, con sus gestos, con sus movimientos, que no era una mujer “baja”. Lo mismo que sus contrapartidas de clase media, las obreras demostraban su respetabilidad a través de la manera de presentarse y de su identidad privada en tanto esposas y madres. En calidad de “esposa afanosa”, “madre angustiada” y “viuda pobre”, había en Gran Bretaña y en Estados Unidos mujeres de clase obrera que solicitaban a funcionarios de la ciudad que clausurara las casas “malas”, donde esposos e hijos contraían una enfermedad venérea y gastaban penosamente el dinero que necesitaba la familia, o donde una “hija, una alumna de escuela dominical”, encontraba su “ruina”. Las matronas locales sufrían por las envidiosas comparaciones que su imprecionable progeie realizaba a partir de la relativa riqueza de las prostitutas.

Aunque las trabajadoras respetables también consideraban a las prostitutas como “rebeldes”, al margen de lo establecido, las veían como poderosas y peligrosas. Eran mujeres a las que les pagaban por lo que “hacían”, insistía la mujer de un obrero portuario, en oposición a una mujer casada, como ella misma, que tenía que cumplir servicios sexuales “por nada. Nadie me paga por eso”. Las vecinas también veían en las prostitutas motivos de admiración: “orgullosa” e independiente, que no admitía interferencias, era también, a veces, “la más amorosa de las mujeres del East End” a que “podía aspirar el marido de cualquier mujer”.

Las prostitutas también podían expresar su propia situación a través de una cantidad de discursos. No eran en absoluto indiferentes a las controversias que las rodeaban. Durante la campaña de revocación en Gran Bretaña, las prostitutas registradas emplearon el lenguaje de los derechos para defender su integridad corporal contra la intromisión de la vigilancia médica y política. A través de su agitación, las feministas abolicionistas habían establecido una arena política que posibilitaba la resistencia de las prostitutas a las intrusivas reglas de aquélla, “a mostrar a los funcionarios”, en palabras de una mujer registrada, “que tenemos cierto respeto por nuestra persona”.

Cuando se presentaban ante un juez o un funcionario de caridad, muchas veces las prostitutas les contaban la “historia de sus desdichas”, para lo que empleaban las mismas melodramáticas convenciones —acerca de la seducción de inocentes mujeres por viles libertinos de clase alta— con que las mujeres de clase media explicaban la prostitución. Esta estrategia retórica estaba a su alcance en la literatura y el teatro populares: en novelas ligeras, las “deleznables e insulsas publicaciones baratas”, que los observadores de clase media condenaban como el primer paso en la “perdición” de muchas niñas. Alternativamente, daban sentido a su vida a través del lenguaje del comercio sexual. “Yo entré en la vida del placer nada más que por razones de dinero”, explicaba una madama de Denver. “En aquellos días era, para una mujer, un medio de hacer dinero, y yo lo hice”. Dos muchachas de la fábrica de mermeladas de Crosse y Blackwell, que por las noches hacían la calle, mostraban menos entusiasmo por el trabajo sexual. En efecto, dijeron a W. T. Stead que preferían “el trabajo en la fábrica antes que el trabajo en la calle. Pero lo que se ganaba era muy distinto. Eran tiempos duros, y para los indigentes no hay opción”.

### Aborto

A pesar de la condición de ilegalidad en que estuvo durante todo el siglo XIX, el aborto, lo mismo que la prostitución, era una práctica perfectamente conocida, un “negocio floreciente” en los centros urbanos de toda Europa y de Estados Unidos. Lo mismo que la prostitución, provocaba las airadas protestas de los médicos y los esfuerzos concertados para suprimir el libre acce-

so de las mujeres al aborto y reservar exclusivamente a los médicos la facultad de decidir sobre la aplicación de abortos terapéuticos. Análogamente, los significados que se asignaban al aborto eran múltiples y objeto de impugnación social. Sin embargo, a la mujer escandalosa que abortaba no se la imaginaba como una simple proletaria, como en el caso de la prostituta, sino una mujer casada de clase alta, con tiempo libre y proclividad a negar su destino maternal. La iconografía del aborto de la dama privilegiada desplazó el medio social en que se suponía que tenía lugar la actividad transgresora. A menudo, las discusiones públicas sobre el aborto se centraban tanto en los comportamientos privados de los matrimonios de clase media y en la vida de familia, como en los últimos callejones de la ciudad donde ejercían su oficio abortistas y prostitutas.

El aborto se asociaba a una estrategia general de control de la reproducción en un momento en que, en la clase media, la tasa de natalidad caía a plomo pese a que los medios anticonceptivos de que se disponía no sólo no eran seguros, sino a menudo completamente ineficaces. El descenso de la tasa de natalidad en Europa occidental y en Estados Unidos da testimonio de los esfuerzos de la clase media y de la clase obrera para limitar la descendencia. En la vanguardia de esta tendencia se hallaba Francia, con su “precoz” caída de la natalidad ya en el siglo XVIII: en 1854 las muertes llegaron a superar los nacimientos. En Estados Unidos, la tasa de fecundidad de los nativos blancos decreció en un 50 por 100 de 1800 a 1900, mientras que los inmigrantes de clase obrera aún producían familias numerosas. En la década de 1870, los observadores de Alemania y de Gran Bretaña comenzaron a advertir un significativo descenso de la fecundidad; en el curso de dos generaciones, la tasa de natalidad descendería en Alemania en un 60 por 100, mientras que en Inglaterra, en los años veinte del siglo XX, la familia media había pasado de 6,6 hijos a apenas un poco más de dos.

Los historiadores sostienen que el uso de técnicas anticonceptivas hizo “pensable” la práctica del aborto en el seno del matrimonio. Para empezar, el uso de anticonceptivos obligó a las parejas a tomar conciencia de su sexualidad, a pensar en el acto sexual como algo independiente de la reproducción. Pero el aborto, como práctica específicamente femenina, aña-

dió una nueva dimensión a la autoconciencia sexual: convirtió a las mujeres en agentes activos del drama sexual, al poner directamente de manifiesto que “las mujeres que lo utilizan se comprometen en el sexo sin ninguna intención de procrear, sino que se sirven del sexo ‘en sí mismo’ [para satisfacer ‘el deseo masculino’, cuando no el propio]”.

En el siglo XIX, hombres y mujeres tenían a su disposición todo un abanico de técnicas anticonceptivas, que incluían la abstención, el *coitus interruptus*, el método de ritmo fundado en una noción equivocada del “periodo seguro”, las jeringas para duchas posteriores al coito y el condón. Todos estos procedimientos llevaban tiempo, dinero, espacio y perseverancia: a menudo no eran seguros y dependían enormemente de la cooperación masculina. El aborto era el recurso de la mujer ante el fracaso del anticonceptivo. Aunque era peligroso e ilegal, tenía la ventaja, sobre todo para una mujer de clase obrera, de ofrecerle el control de su persona, en especial si su compañero se negaba a usar medios anticonceptivos. Era barato y no requería planificación ni organización previas.

Si una mujer quería abortar, su primera estrategia consistía en la autoinducción, esto es, una acción que implicaba la complicidad ajena, y no un mero acto individual (como en el caso del infanticidio). Las redes de apoyo de las mujeres de clase obrera solían diseminar información sobre el aborto en otros barrios y en compañeras de trabajo. “Las mujeres... no hacen un misterio de estas prácticas [abortivas]”, explicaba la feminista francesa Madeleine Pelletier. “En el dominio de las casas de vecindad de la clase obrera, en la panadería, en la carnicería, en la verdulería, las amas de casa asesoraban a las vecinas cuyos maridos tan brutales como miopes les imponían embarazos no deseados”.

Probablemente, las vecinas francesas recomendarían una infusión de uno de los abortivos tradicionales, tales como la ruda, la sabina o el cornezuelo de centeno. Los médicos creían que algunos de estos remedios tradicionales operaban como venenos, o bien que producían la irritación suficiente de la matriz como para inducir la expulsión. En Estados Unidos, grupos étnicos y raciales diferentes también transmitían su conocimiento tradicional del aborto: los curanderos y las comadronas autóctonos prescribían en general raíces y hierbas, mientras que, a

mediados de siglo, una mujer negra de Texas empleaba índigo o una mezcla de calomel y trementina para “soltar” o abortar. Hacia la última década del siglo, las mujeres de clase obrera del norte de Inglaterra habían empezado a consumir píldoras de plomo, pues se había observado que las mujeres que trabajaban en las fábricas de plomo solían tener abortos naturales. Si las drogas no surtían efecto, las mujeres probaban sangrías, baños calientes y ejercicios violentos.

Si con todo eso no conseguían abortar recurrían a un abortista para inducir el aborto por medios mecánicos o respondían a anuncios comerciales de “remedios femeninos” que aparecían en ciertos periódicos y revistas populares que anunciaban “Guías para caballeros”, con los emporios del vicio, y “lecciones de francés”. A mediados del siglo XIX, el aborto comercializado se había convertido en una “industria”, en una fuente de considerable beneficio para médicos, farmacéuticos, herboristas, veterinarios, masajistas y curanderos, así como para la industria productora de drogas. Quienes practicaban el aborto se convirtieron en figuras importantes, como madame Restell, de Nueva York, y su contrapartida francesa, “La Cacheuse”. Una autoridad francesa informaba de que, a finales del siglo, unas cincuenta de estas personas se anunciaban en periódicos de París. A menudo se concentraban alrededor de las estaciones de ferrocarril y los *grands magasins* para ofrecer sus servicios a las mujeres del interior del país, pero también operaban en barrios pobres y de mala reputación.

Una legislación ineficaz contribuyó a dar forma a este mercado ilegal, pero hizo muy poco para suprimir el aborto. Gran Bretaña fue uno de los principales países en introducir una nueva legislación criminal en 1803, que sería revisada en 1837 y endurecida en 1861. Francia y Bélgica tenían leyes que databan de 1810, sobre la base del Código Napoleónico. Los nuevos textos legales antiabortistas aparecieron en diversos estados de Estados Unidos en los años veinte del siglo pasado, y fueron significativamente modificados en el periodo de 1860-1880. Hacia la segunda mitad del siglo XIX, regulaciones legales análogas aparecieron en Escandinavia, Alemania e Italia. La mayoría de ellas estipulaban castigos para la mujer, lo mismo que para quien practicaba el aborto; los castigos variaban de cinco

a diez años de servidumbre penal para las mujeres y hasta prisión perpetua o la pena de muerte para el "operador". Pero, en general, las persecuciones por aborto sólo se producían en el caso de que las mujeres murieran o enfermaran gravemente.

Estas regulaciones legales se introdujeron por una variedad de razones, en función del momento en que aparecieron. Ante todo señalaban la intención de las autoridades médicas y legales de intervenir en las estrategias reproductivas de las mujeres. A comienzos del siglo XIX, los legisladores tendieron a justificar las nuevas regulaciones criminales como medidas de "limpieza", como parte de la reforma legal de la ordenación jurídica sobre el infanticidio. En Gran Bretaña y en Estados Unidos, estas primeras leyes sólo prohibían el aborto después del *quickenig* (el momento en que las mujeres sentían palpitar la vida en su seno, a unos tres o cuatro meses de embarazo) y se centraba principalmente en el peligro que los abortivos entrañaban para la salud femenina. La normativa de 1803 no satisfizo al estrato médico de Gran Bretaña, que objetaba al concepto de *quickenig* el ser impreciso y fundarse en el saber femenino; en consideración a la opinión médica, la regulación legal de 1837 prohibía el aborto en cualquier momento del embarazo, sin referencia al *quickenig*. A mediados del siglo XIX, los médicos de Francia y de Estados Unidos revisaron su concepción del aborto como el último recurso de la madre soltera, para cambiarla por la del aborto como método alternativo del control de la natalidad para las mujeres casadas. Una consecuencia de esta imagen modificada fue la intensificación de la propaganda pública y la expansión de medidas legales contra las mujeres que abortaban voluntariamente.

En Estados Unidos, los adversarios del aborto emprendieron una campaña Estado por Estado para fortalecer la legislación, campaña encabezada por médicos. Entre 1860 y 1880, la American Medical Association condujo una intensa campaña a favor de la eliminación del aborto y lanzó su llamamiento a las asociaciones médicas locales, las legislaturas estatales, las revistas profesionales y la prensa popular. Su objetivo era asegurar la imputación criminal del aborto en cualquier momento del embarazo, a menos que fuera necesario para salvar la vida de una mujer.

Puede que los médicos norteamericanos fueran más activos que sus correspondientes colegas europeos en la revisión del problema de los abortos ilegales, pero en Francia, Gran Bretaña y Rusia los médicos anunciaron análogas preocupaciones por la competencia profesional de quienes practicaban el aborto, la mala conducta femenina y las amenazas que el aborto planteaba al orden social. Por doquier, la preocupación médica sobre el aborto y la anticoncepción señalaban que el "médico está reemplazando al sacerdote", esto es, que asumía un nuevo rol en el campo de sexo y de la familia, que antes había estado predominantemente en manos de la autoridad religiosa.

Aunque los médicos eran los principales agentes ideológicos en estas campañas, es indudable que condensaban todo un conjunto de temores clasistas, raciales y sexuales muy extendidos en la población. A los médicos los alarmaba particularmente la adopción del aborto, una actividad "degradada", por parte de matronas privilegiadas. "Ahora tenemos damas", exclamaba la Medical Society de Buffalo en 1859, "sí, damas *educadas y refinadas*", que se someten a abortos. Al proyectar la imagen de la autopermisiva "dama de clase alta", que había abandonado los cuidados maternos y los deberes de atención a los hijos por "fines egoístas y personales", los médicos expresaban su angustia ante la evidente seducción que ejercían sobre las mujeres los valores mercantiles del placer y el consumo, así como el feminismo. Al perseguir con rebeldía sus intereses egoístas, a cambio del autosacrificio de la feminidad reproductora tradicional, estas mujeres se habían vuelto desleales para con sus maridos, pues se ponían a disposición de abortistas masculinos "inescrupulosos y malvados". El Comité para el Aborto Delictivo, de la American Medical Association, resumía la situación en los siguientes términos:

Se vuelve desaprensiva respecto del destino que le impone la Providencia y descuida los deberes que le impone el contrato matrimonial. Se lanza a los placeres, pero huye de los sinsabores y las responsabilidades de la maternidad; y, desprovista de toda delicadeza y refinamiento, se entrega, en cuerpo y alma, a las manos de hombres inescrupulosos y malvados.

La huida de las mujeres ante la maternidad, insistían los médicos franceses, británicos y norteamericanos, llevó al “suicidio de la raza”. Al expresar estas preocupaciones, los médicos aplicaban ciertos elementos del pensamiento darwinista al problema de la población de sus propias naciones. Para los eugenistas y los darwinistas sociales, una “estirpe racial” superior es decisiva para la supervivencia de los más adaptados en las luchas por la vida en el dominio de la clase social y las naciones. En Estados Unidos, los alarmistas temían que las mujeres de “buena estirpe” —prósperas, blancas y protestantes— no tuvieran hijos suficientes como para mantener la dominación política y social de su grupo. En Gran Bretaña, los eugenistas se inquietaban ante el fracaso de las mujeres de clase media y de clase alta en mantener la reproducción en la misma tasa que los órdenes inferiores. A finales del siglo XIX, los demógrafos franceses achacaban el problema de población en Francia a la decadencia general de la sociedad y a la dejación, por parte de las mujeres egoístas y de espíritu independiente, de su deber cívico de proveer hijos para la defensa de la república.

Por último, los adversarios médicos del aborto acusaron a los profesionales “irregulares” y a otros practicantes sanitarios de proporcionar servicios de abortos ilegales. En todos los países, los médicos alópatas tenían que disputar reconocimiento y pacientes con una panoplia de curanderos populares —incluidos boticarios, herboristas e hidrópatas— y comadronas. Los médicos “regulares” se alarmaron cada vez más mientras sus competidores anunciaban abiertamente servicios de aborto, sobre todo después de la década de 1840. La competencia entre médicos “regulares” e “irregulares” era particularmente feroz en Estados Unidos, lo que explica en parte los concentrados esfuerzos de la American Medical Association para criminalizar el aborto. Pero los médicos de los países europeos manifestaron análoga preocupación respecto de la regulación profesional. Aunque muchos de sus colegas profesionales realizaban abortos, sobre todo para pacientes acomodadas, los médicos franceses e ingleses concentraban sus críticas en las comadronas. En la última década del siglo XIX, el que las *sage-femmes* ganaran más con los abortos que con los partos era un tópico.

Hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX se pudieron oír unas pocas voces a favor del aborto, aunque el movimiento pro reforma de la ley de aborto llevaba una generación de retraso respecto del que defendía la disponibilidad de anticonceptivos. Hacia los años ochenta y noventa del siglo pasado, los obstetras fueron objeto de una fuerte presión de sus pacientes para que definieran las condiciones en que el aborto sería justificable. En conjunto, sus asociaciones profesionales ignoraron tal presión. Algunos médicos franceses comenzaron a desafiar la ley de aborto, a la que calificaban de rígida, impregnada de prejuicios clasistas y peligrosa para la salud pública, pues obligaba a las mujeres a arriesgados abortos ilegales. Los suecos modificaron su legislación en 1890 para permitir la interrupción del embarazo sobre auténticos fundamentos médicos. En 1910, un congreso ginecológico que se celebró en Rusia aprobó la descriminalización del aborto, con la condición de que el aborto se realizara bajo supervisión médica. Salvo mujeres como Madeleine Pelletier, pocas voces defendieron el derecho de las mujeres a realizar elecciones personales en el área de la reproducción, con independencia de la supervisión médica.

Aunque los médicos solían acusar a “las mujeres fuertes de espíritu” y a la influencia del feminismo de estimular a las mujeres a que huyeran de la maternidad, las líderes del movimiento de mujeres no estaban de acuerdo en absoluto con la elección del aborto por parte de las mujeres. Por el contrario, las feministas norteamericanas respondían favorablemente a la campaña que conducían los médicos a favor de la prohibición del aborto a finales del siglo XIX. Estas mujeres condenaban el aborto como parte de la degradación sexual de la explotación de las mujeres, pero tendían a centrarse en las causas del aborto —las relaciones sexuales de explotación que hacían necesario el aborto— antes que en sus consecuencias.

La oposición feminista tanto al aborto como a la anticoncepción reflejaba una complicada posición en torno a la sexualidad y la reproducción. Las luchas por la regulación estatal de la prostitución habían vuelto muy prudentes a las feministas acerca de la legitimidad de la autoridad de los médicos sobre el destino biológico y acerca del doble patrón que sostenían. En el mismo periodo, las feministas también disputaron con los médicos

en tanto principales adversarios de los derechos de las mujeres y de una mayor educación para éstas. Sin embargo, las feministas, lo mismo que los médicos, se oponían a separar sexualidad femenina y reproducción. También ellas creían que el acceso a la anticoncepción y el aborto volvía “impura” a la mujer, de modo muy parecido a lo que ocurría con las prostitutas, mancilladas por el deseo sexual y vulnerables a las demandas sexuales masculinas. En cambio, las feministas británicas y las norteamericanas celebraban la maternidad como el supremo deber de la mujer y abogaban por una estrategia sexual de “maternidad voluntaria” que permitiese a las mujeres controlar su reproducción a través de la abstinencia. De esta manera, en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, la exaltación de la maternidad pudo terminar en una llamada para la restricción de su conciencia, con importantes sobre-determinaciones raciales y de clase. Cuando las feministas vincularon la “maternidad voluntaria” con el interés en que las mujeres “mejoraran la raza” y produjeran “menos y mejores hijos”, enunciaban algunas de las mismas preocupaciones por la clase y la raza que informaban las campañas médicas contra el aborto. Además, aun la minoría de las feministas que, en el cambio de siglo, se unían a los neomalthusianos en la promoción del control de la natalidad, distinguía inquebrantablemente la anticoncepción y el aborto: la primera era una actividad prudente y digna, mientras que la última era un asunto de “gran riesgo” y un recurso de baja categoría.

Sin embargo, muchas mujeres de clase media recurrieron al aborto precisamente para cumplir su papel de clase/género como matronas burguesas. El “Culto de la Verdadera Femenidad” —tal como lo explicaron las intelectuales feministas— incitó tanto estrategias antinatalistas como pronatalistas. Exaltó la maternidad como una profesión sagrada, pero también convocó a la mujer a que aplicara los valores de economía y de planificación para asegurar el estatus de su familia. A comienzos del siglo XIX, las familias más pequeñas se habían convertido en un “signo” de identidad de clase de la burguesía. En este contexto, la planificación familiar formó parte de la ética de la familia burguesa, que se integraba con el deber maternal de las mujeres para asegurar “menos y mejores hijos”. El aborto, lejos de conspirar contra la maternidad, era, en tanto sustitui-

to de la anticoncepción, instrumento de la mujer burguesa para el cumplimiento de una función esencial ante los hijos, la clase y la raza.

Las mujeres de clase obrera apoyaban abiertamente el aborto sobre estos mismos y otros fundamentos. Los médicos franceses y británicos se sentían molestos por las actitudes desaprensivas de las mujeres de clase obrera ante el aborto, que ellas consideraban una medida perfectamente legítima, no un asesinato. Hasta el primer movimiento fetal, las mujeres no se percibían como embarazadas, sino como “irregulares”. A esta comprensión respondían los abortivos comerciales en sus anuncios cuando prometían curar la irregularidad y devolver la “menstruación”.

Aunque las mujeres de clase obrera estuvieran fijadas al punto de vista tradicional, según el cual antes de sentir el movimiento del feto “no había bebé”, a finales del siglo XIX pudieron enunciar también una defensa ideológica más “moderna” del aborto. Lo mismo que las prostitutas, las mujeres casadas de clase obrera no eran en absoluto inmunes a las controversias que rodeaban su conducta. También ellas comenzaban a dar a conocer su situación en un discurso cívico sensible a las nociones de integridad corporal y en debates públicos sobre fertilidad y “suicidio racial”. Cuando el Sindicato Cooperativo de Mujeres de Gran Bretaña pidió a sus miembros, en su mayor parte esposas de obreros cualificados, que describieran sus experiencias de procreación, muchas de las que respondieron invocaron un concepto de maternidad responsable que implicaba una planificación racional y problemas de presupuesto económico. Lo mismo que sus contrapartidas de clase media, también ellas defendían el deber materno de producir “menos y mejores hijos”: “No he tenido hijos a la misma velocidad que algunas... y no porque no los ame, sino porque si los hubiera tenido, no creo que habría podido cumplir con mi deber para con ellos en las circunstancias reales en que vivía”. Las mujeres francesas iban incluso más allá en su defensa del aborto como derecho: los médicos se impresionaron ante el informe que daba cuenta de cuán “libremente relataban ellas su aventura, sin la menor sombra de vergüenza ni remordimiento, porque”, decían, “la mujer debe disponer libremente de su cuerpo” Como observa Rosalind Petchesky, no se trataba de una libertad posi-

tiva de realización sexual, sino, como sostenía la doctrina de clase media de la “maternidad voluntaria”, una libertad negativa a partir del “sexo no deseado” y de la “procreación no deseada”.

*Las relaciones homosexuales: travestismo y amistades románticas*

El travestismo y las amistades románticas eran dos formas culturales que tenían a su disposición las mujeres del siglo XIX que deseaban explorar contactos homosexuales. Aunque el travestismo se asociaba en general a la conducta proletaria, ganó adeptos entre las mujeres de clase media que emulaban las prerrogativas de los caballeros, a veces con la inclusión de agresivos avances sexuales sobre las mujeres. Las amistades románticas entre mujeres fueron una característica públicamente reconocida de la cultura femenina; también en este caso, la evidencia histórica indica ciertas superposiciones culturales, en particular entre muchachas trabajadoras de Estados Unidos con una cierta instrucción, que, en cartas ornamentadas y sentimentales, ofrecían su amor eterno a amigas.

El travestismo femenino, que adoptaba la ropa y/o el estilo de vida, el trabajo y las actitudes del sexo opuesto, era una tradición popular que ya hacía por lo menos cuatrocientos años que había sido trasladada a canciones populares, al escenario y a la cultura impresa y oral. Ciertos historiadores identifican su punto culminante en los siglos XVII y XVIII, particularmente en Holanda e Inglaterra. Sin embargo, los historiadores norteamericanos observan que a partir de 1850 hay un incremento de notas periodísticas sobre travestidas. En cualquier caso, las mujeres abrazaron el travestismo con el conocimiento de que otras mujeres las habían precedido en ello. En la cultura impresa del siglo XIX aún circulaban antiguas historias de espadachines femeninos y de “maridos femeninos”. Cuando Emma Edwards leyó el cuento sensacionalista titulado *Fanny Campbell or the Female Pirate Captain* (1815), se le ocurrió que, lo mismo que Campbell, también ella podría conseguir “la libertad y la gloriosa independencia de la masculinidad” con el simple expediente de cortarse el pelo y vestir ropas de hombre. Tan bien lo hizo que, una vez abandonada su casa, “estuvo a punto” de casarse con una bonita chica de Nueva Escocia, y finalmente, durante la Guerra Civil norteamericana, se alistó en el Ejército de la Unión.

Edwards explicó su decisión de vestir ropas masculinas por su deseo de gozar de la libertad y de los privilegios de los hombres. Para las mujeres travestidas, estos privilegios podían representar salarios, oportunidades de trabajo y movilidad masculinos, así como una vida de aventuras propia del varón. Podía llegar a correr juergas con prostitutas y casarse con una mujer. El construirse una identidad masculina podía implicar el cumplimiento de trabajos cualificados o pesados o llegar a ser el marino más valiente de la nave; para Eliza Ogden, la moza de cordel de Shoreditch, también significó fumar y beber con los compañeros de taller de su hermano, y cortejar a “toda bonita zagala que se le cruzara en el camino”. En resumen, Ogden fue un “auténtico libertino y un real hombre de aventuras”. “Mary Chapman”, informaba el *Times* de Londres en 1835, “también realizaba un grado superior de ‘machismo’: boxeaba, practicaba la esgrima y mantenía una amante, además de su mujer”.

Había mujeres que se travestían en ocasiones especiales, y que no aspiraban a pasar totalmente por hombre: la escritora George Sand y la artista Rosa Bonheur fueron dos ejemplos famosos de mujeres de clase media y de clase alta con el firme propósito de liberarse de las limitaciones de su sexo. Algunas mujeres que pasaban por hombres consiguieron un cierto grado de respetabilidad social; otras, se mezclaron con el submundo sexual. En los años cincuenta del siglo pasado, Lucy Ann Lobdell dejó a su marido en la parte alta de Nueva York y se hizo pasar por hombre. “Me mentalicé para usar atuendo masculino, buscar trabajo y ganarme la vida”, explicaba ella misma. Luego se convirtió en el reverendo Joseph Lobdell y se estableció con Maria Perry. En los años setenta del siglo XIX, una inmigrante francesa, Jeanne Bonnet, muchas veces arrestada por la policía por vestir ropas masculinas, visitó un burdel en calidad de cliente masculino y se enamoró de la prostituta Blanche Bruneau, a quien convenció de que dejara el oficio. En 1876, un proxeneta colérico le disparó mientras se hallaba en la cama con la Bruneau. En ambos casos, los roles genéricos convencionales se observaron estrictamente, pues la mujer travestida desempeñaba el papel masculino dominante, mientras que la otra mujer asumía el rol pasivo convencional de esposa o de amante.

Lo mismo que el aborto y la prostitución, el travestismo implicaba a menudo la complicidad de otros. Había sacerdotes que se avenían a casar parejas femeninas, los compañeros de trabajo y las familias respectivas guardarían el secreto y algunas amigas optaban simplemente por creer que su vieja amiga se había vuelto hombre. Una esposa londinense quedó asombrada al descubrir cuando murió su marido que el que había sido su compañero durante veintiún años era una mujer. Sin embargo, esta aprobación de la comunidad fue provisional; cuando la travestida fue objeto de persecución (por "fraude" o conducta desordenada), tanto la ley como la comunidad local tendieron a acusar al "marido" y dejar sola a la esposa.

A lo largo del siglo XIX, el travestismo fue una práctica sospechosa: una forma no permitida de trasgresión sexual, un indicio de hipersexualidad o de sodomía. La regulación legal prohibía el travestismo por considerarlo una conducta desordenada; culturalmente, era un tropo común de desorden femenino y de violación de las prerrogativas masculinas. Las caricaturas representaban esposas regañonas y mujeres agresivas como viragos de molde masculino que tratan de vestir pantalones; entonces apareció en inglés, francés, alemán y ruso el peyorativo nombre de "georgesandismo", para denunciar a mujeres que se atrevían a emular la vida y el comportamiento transgresor de George Sand. Pero, como respuesta, las mujeres rebeldes adoptaban a menudo el papel travestido: las mujeres saint-simonianas vistieron pantalones, mientras que el movimiento Bloomer, de mediados de siglo, trató de persuadir a las mujeres de que vistieran ropas bifurcadas, discretamente, orientalizadas al modo de pantalones turcos, de tal suerte que no parecieran travestidas de hombre. Lejos de denigrarla, las feministas de la última época victoriana abrazaron a George Sand como la materialización del genio de las mujeres y de su aspecto peligroso, aun cuando ellas mismas no vistieran pantalones.

En el nivel de la fantasía, el travestismo tenía aún mayor influencia en la imaginación femenina: el vestirse de hombre y marchar al mar o al ejército era la fantasía de adolescente que más aparece en los diarios femeninos de todo el siglo. La fantasía de vestir ropas del otro sexo también hallaba una poderosa expresión en la exaltación espiritista: cuando las médiums jóvenes llamaban a los espíritus a que se comunicaran con el muerto, a menudo sus

guías espirituales resultaban ser marineros o soldados hipermasculinos. Cuando los transformistas varones de *music hall* vestían elegante ropa de noche para hacerse pasar por caballeros, solían mofarse del "enorme descaro" de los oficinistas marginales del público que soñaban con ser "distinguidos".

A diferencia de la prostitución femenina y de la homosexualidad masculina, hay pocas pruebas de una subcultura travestida o lesbiana en el siglo XIX. París fue una notable excepción: hacia los últimos diez años del siglo, los observadores habían identificado toda una red de cafés, restaurantes y lugares de encuentro para travestidas, prostitutas, lesbianas y toda la bohemia. La asociación de lesbianismo y prostitución también tuvo cierta resonancia en otros centros urbanos. En 1900 comenzó a utilizarse el término *bulldyke*\*, en el distrito "peligroso" de Filadelfia para designar a la amante lesbiana. Hacia los años veinte del siglo XX, los barrios negros y los distritos con cuartos de alquiler suministraban alojamiento y sitios donde pasar el tiempo libre a lesbianas de clase obrera. La cantante de blues Bessie Jackson habría de inmortalizar el espíritu de rebelión de la *Bulldagger Woman*\* como una lesbiana que adoptaba un estilo masculino. También surgió una naciente subcultura lesbiana de escritoras y artistas de clase media en los primeros años del siglo XX en París y en Nueva York, una subcultura de salones, bares y apartamentos compartidos, celebrada en poemas, novelas y piezas teatrales, que sintetizaban las tradiciones de travestismo y amistades románticas que se describen a continuación.

Dentro de las clases medias victorianas, las mujeres constituían un tipo diferente de relaciones homosexuales en torno a la práctica de las relaciones románticas. En parte, estas amistades eran una consecuencia de la acusada segregación entre sexos en la vida burguesa. La socialización femenina estimulaba los vínculos entre mujeres, que a menudo se desarrollaban en amistades que, nacidas en los años escolares, se prolongaban durante toda la vida. Si bien las amistades románticas eran socialmente toleradas, entre los contactos femeninos muy estrechos y los deberes familiares siempre se producían tensiones.

\* *Bulldyke* y *bulldagger* son términos del *slang* que significan lesbiana, especialmente la que desempeña el papel masculino. (N. del T.)



Las mujeres gozaban de autorización cultural para expresar apasionados anhelos de amor emocional, espiritual y físico en una relación homosexual, porque se lo consideraba algo distinto de las asociaciones heterosexuales de sexualidad y de reproducción. “Deseaban, pues, poner los brazos alrededor de mi niña, de todas las niñas del mundo y decirle [...] La amo como las esposas aman a sus maridos, como los *amigos* que se quieren para toda la vida, y creo en ella como creo en mi Dios”. Las cartas de este tipo respondían a las convenciones del sentimentalismo literario, al “lenguaje sentimental de los rubores, la exaltación moral y los placeres del corazón” que arrastraba a las mujeres victorianas al “rechazo de la pasión sexual, la cólera y la ambición mundana”.

Un conjunto de rituales corporativistas gobernaba también los enamoramientos, los “choques” y las aficiones que caracterizaban la vida del internado escolar del siglo XIX. A través de los enamoramientos escolares por una mujer mayor y de notoriedad pública, o por una compañera más experimentada, las niñas aprendían a canalizar el deseo erótico, negando el plano corporal y afirmando una causa “más elevada”. Tales enamoramientos frustrados también enseñaban a las niñas a controlarse y a negarse a sí mismas, lo que la historiadora Christine Stansell llama “gamoñería acerca de la legitimidad del propio apetito”.

Mientras que a principios del siglo las mujeres no podían esperar vivir con su amada tras los días escolares, hacia las últimas décadas del mismo nuevas posibilidades para una vida independiente fuera de la domesticidad heterosexual permitían a algunas mujeres lograr esa meta. Entre las “gloriosas solteras” y las “nuevas mujeres” de *fin de siècle*, se hicieron comunes los “matrimonios femeninos” o “matrimonios bostonianos”. Nuevas ocupaciones en las profesiones de “ayuda”, nuevos espacios sociales —la universidad y la *settlement house* (institución que brindaba servicios sociales y educativos en los barrios pobres), así como la disponibilidad de pisos y de residencias para damas en Gran Bretaña y en Estados Unidos— estimularon a ciertas mujeres a optar por el celibato y la compañía de una amistad femenina duradera. Es muy alta la proporción de graduadas universitarias norteamericanas que nunca se casaron: entre 1889 y 1908, el 53 por 100 de las graduadas de Bryn Mawr per-

manecieron solteras. De acuerdo con el informe de 1909, de las tres mil mujeres que habían ingresado en la Universidad de Cambridge, sólo se casó el 22 por 100. Las instituciones de educación superior se habían convertido, de acuerdo con un observador, en “semillero de amistades sentimentales especiales”, en las cuales las parejas constituían una tradición establecida en la facultad, y los enamoramientos y las aficiones personales, poderosos rituales entre los estudiantes.

A diferencia del mundo oculto de las parejas femeninas de clase obrera, los “matrimonios bostonianos” eran públicamente conocidos y aceptados por la élite social. Las mujeres vivían juntas, compartían la propiedad, viajaban juntas, celebraban reuniones familiares y dormían en la misma cama. En su autobiografía de 1889, Emma Willard, líder de la temperancia norteamericana, elogiaba las virtudes de las “compañías” femeninas y detallaba abiertamente su propia historia de “asuntos del corazón”, al tiempo que observaba que “los amores mutuos de mujeres son cada vez más numerosos”.

Antes de finales del siglo XIX, pocos comentaristas asociaban intimidad física de mujeres respetables con sexualidad ilícita, al creer, como creían, que tales mujeres no experimentaban deseo erótico autónomo fuera de la sexualidad reproductora. Sin embargo, la evasión de la maternidad, que se expresaba tanto en la soltería voluntaria como en las estrategias anticonceptivas de las mujeres casadas, incitaron a los médicos a estudiar los impulsos y los objetos sexuales de las mujeres. Hacia la década del ochenta, los teóricos médicos ya habían comenzado a desvalorizar a la travestida y a la amistad romántica, y a incluir una y otra en la categoría de invertida sexual o lesbiana.

La sexología, es decir, el estudio científico de la sexualidad, surgió en el continente como una subespecialidad de la medicina forense. Uno de sus fundadores fue Richard von Krafft-Ebing, profesor de psiquiatría de la Universidad de Viena, cuyas obligaciones profesionales incluían el buscar pruebas de morbilidad o de “degeneración” en los agresores sexuales que eran llevados ante el tribunal para determinar si se los podía hacer responsables de sus actos. Reunió sus casos clínicos y los publicó en *Psychopathia Sexualis* (1886), un “estudio médico-forense” de lo “anormal”. Aunque las descripciones sexuales más gráficas se

publicaron en latín, el libro tuvo una extensa respuesta popular y profesional. Krafft-Ebing se vio inundado de cartas de sujetos que llevaban una vida sexual miserable, así como de víctimas de la opresión sexual. *Psychopathia Sexualis* pasó de 45 historias clínicas y 110 páginas en 1886 a 238 casos y 437 páginas en la vigésima edición de 1903. La aparición de *Psychopathia Sexualis* observa Jeffrey Weeks, marcó la “irrupción del perverso en la letra escrita, esto es, del individuo —varón o mujer— marcado o perturbado por su impulso sexual”.

En sus taxonomías del sexo, los sexólogos del siglo XIX pusieron de relieve “el impulso sexual contrario” o “inversión sexual”. No inventaron la categoría de inversión sexual, sino que se limitaron a reproducir categorías y prejuicios de la cultura del siglo XIX, tanto de clase obrera como de la élite social. Como hemos visto, las comunidades proletarias tenían su propia comprensión del “marido femenino”, en quien veían una mujer que actuaba como hombre. La prostituta lesbiana ya era un cliché entre los escritores decadentes como Baudelaire y Gautier, deudores de los estudios sobre prostitución de Parent-Duchâtelet. Tampoco emergieron los sexólogos con una interpretación coherente de la inversión sexual: para organizar la miríada de variedades de experiencia sexual que encubrieron, acudieron a explicaciones superpuestas, confusas y contradictorias. No obstante, produjeron un nuevo vocabulario, que se plantearía las prácticas homosexuales femeninas como problema, a la vez que proveería a los médicos de cierta forma de decir “la verdad” acerca de sí mismos.

En la década de los sesenta, Karl Ulrichs fue pionero de las teorías acerca del carácter congénito de la inversión sexual en los hombres, con el argumento de que era el producto de un desarrollo embrionario anómalo, de una mente femenina en un cuerpo masculino. En 1869, el doctor Carl Westphal, un psiquiatra alemán, extendió este concepto a las mujeres. Publicó el caso clínico de una mujer, la señorita N., quien desde la niñez prefería vestirse de muchacho, que terminó atraída por las mujeres y que en sus sueños “voluptuosos” se veía a sí misma como hombre. El doctor Westphal concluye que se trata del caso de “un temperamento sexual invertido”, de un defecto congénito análogo a su correspondiente en el sexo masculino.

Finalmente, la señorita N. encontró un sitio en el panteón de perversos de Krafft-Ebing, quien construyó una escala ascendente de inversión sexual femenina desde la mujer que no denuncia su “anomalía en su apariencia externa”, a la mujer que tiene una “acusada preferencia por la vestimenta masculina”, a las que desempeñan un rol masculino, y a la forma más degenerada de homosexualidad, es decir, la mujer que sólo es femenina en los órganos genitales, pero cuyo pensamiento, sentimiento, acción y apariencia externa son masculinos.

Krafft-Ebing y sus colegas sexólogos sólo pudieron imaginar el erotismo lesbiano como otra versión del deseo masculino: la expresión femenina del deseo masculino por otra mujer. Sin embargo, también reconocieron que la sexualidad era algo más que un acto genital, que comprende sentimientos, impulsos y emociones al mismo tiempo que ropas, modo de andar, apariencia del rostro y estilo de vida. Los primeros sexólogos imaginaron a la perversa congénita como una travestida completa, tanto en pensamiento como en acción, con gran ignorancia del miembro “femenino” de la pareja femenina. Por ejemplo, en 1883 el doctor Kiernan, de Estados Unidos, distinguió entre la “perversa sexual” congénita y la “jovencita con la que formaba pareja”.

En su estudio titulado *Sexual Inversion*, del año 1897, Havelock Ellis redujo a dos las cuatro categorías de inversión sexual femenina de Krafft-Ebing: la inversión sexual congénita y el vicio sexual adquirido. La invertida congénita era la agresiva mujer masculina, cuyo paradigma era la travestida proletaria. Ella también se interesó por la mujer que desempeñaba el rol femenino pasivo. Al referirse a la “espuria imitación” de la “perversión sexual” que se daba cuando las mujeres “normales” imitaban a la invertida congénita describe el entorno social que podría estimular este comportamiento adquirido, en especial los ambientes de la educada “Mujer Nueva”. Concentró la atención en las “amistades apasionadas” de mujeres, las que, según él sostenía, constituían un “carácter sexual más o menos inconsciente”. Gracias al movimiento moderno de emancipación, sostenía este autor, la homosexualidad aumentó entre las mujeres en Estados Unidos, Francia, Alemania e Inglaterra.

Al "arrancar el manto de respetabilidad de la nueva mujer", sostiene Carroll-Smith Rosenberg, Ellis presentaba a "las mujeres refinadas y educadas, de aspecto, pensamiento y conducta completamente femeninos", como lesbianas en potencia. Sin embargo, los historiadores no están de acuerdo acerca de los efectos de esta exposición académica, ya fuera que arrancara la cubierta protectora de las mujeres, ya que proveyera a las mujeres homosexuales de un nuevo discurso sexual. Además, no queda claro en qué medida penetraba el "modelo médico" en el tejido social. Un breve examen del discurso y de la práctica femeninas después de la década de 1890 pone al descubierto continuidades y discontinuidades de la expresión homoerótica femenina.

Algunas mujeres aprovecharon la oportunidad que presentaban los nuevos estudios sexológicos para contar su historia. En carta a Magnus Hirschfeld, otro prominente sexólogo que había insistido en que los homosexuales constituían un "tipo sexual intermedio", una alemana sostenía que las obras de Krafft-Ebing le habían "abierto" los ojos: "Después de leer estas obras me senti libre y vi claro". Al presentarse en términos de "nosotras, excepciones al molde usual y a la antigua, eterna, ley de la naturaleza", contaba la historia de su vida para terminar con un idilio doméstico: "Mi encantadora y confiada mujercita dirige y guía nuestro feliz hogar como una auténtica ama de casa alemana y yo trabajo como un hombre enérgico y alegre y gano lo necesario para mantenernos". Radcliffe Hall habría de inmortalizar el modelo de inversión sexual femenina que sostenían los sexólogos. En efecto, en su innovadora novela lesbiana titulada *The Well of Loneliness*, de 1928, esta autora describe a una lesbiana marimacho de clase alta del tipo "congénito", enamorada de una mujer "normal".

Alternativamente, las mujeres se sintieron profundamente amenazadas por la sexualización y la morbidificación de las amistades entre mujeres. Algunas se tomaron en serio las advertencias de los sexólogos: en 1908, Jeanette Marks (integrante de un matrimonio bostoniano) escribió un ensayo inédito, "Unwise College Friendships", en el que advertía contra las amistades sentimentales como "anormales" y "enfermizas". Contrariamente, Johanna Elberskirchen, autora y defensora de los derechos de la mujer, protestaba airadamente contra la interpretación del amor de una mujer por otra mujer como una "propensión masculina".

En los años veinte de nuestro siglo, un grupo de lesbianas reunido en Salt Lake City condenó en privado *The Well of Loneliness* por dar publicidad a su existencia, privándolas así de la cubierta protectora que les brindaba la época anterior, más reticente.

No obstante, las formas más antiguas de contactos homosexuales continuaron en el siglo XX. Ya hemos visto, en el caso de la *bulldagger*, en qué medida perduraron entre las lesbianas de color de la clase obrera ciertos significados relativos a la mujer travestida. También perduraron los matrimonios bostonianos y las amistades románticas entre las mujeres de clase media. A pesar de que las subculturas lesbianas se habían convertido en rasgos de la vida urbana y de que las marcas de lesbianismo se extendieron en la cultura, estas mujeres raramente se identificaban como lesbianas. Sin embargo, tal como ha observado Leila Rupp, una vez que se pudo disponer culturalmente de la categoría de lesbiana, "la opción de rehusar esta identificación tiene significado por sí misma".

A lo largo del siglo XIX, los reformadores de clase media pusieron en marcha una política médico-moral para estigmatizar a la prostituta, la madre que abortaba, a la travestida y a las amigas apasionadas como figuras ilícitas y peligrosas. Esta movilización no sólo sirvió para separar a las mujeres desviadas respecto de la norma femenina, sino también para especificar esa norma, para apuntalarla, para mitigar una creciente angustia ante la pérdida del ancla y de la identidad fija de lo erótico en la sexualidad reproductora. Pese a sus esfuerzos, estos "otros" femeninos no estaban acotados con seguridad ni bien diferenciados de la sociedad respetable. Por el contrario, se incorporaban a la feminidad burguesa y con ella se superponían en las calles comerciales del West End de Londres, donde las prostitutas se mezclaban con las damas elegantes, en la lógica malthusiana de una matrona que aborta, en la superioridad moral de las reformistas que salían a la calle a salvar prostitutas, en la preferencia de las arrogantes solteras como acompañantes de miembros del mismo sexo, e incluso en la aceptación, de parte de la travestida, de identidad masculina e identidad femenina diferenciadas.

Aunque a menudo se movilizaba el poder institucional de la ley y de la medicina para controlar, definir y reprimir la conducta femenina desordenada, el derecho y la medicina no eran las únicas fuerzas en acción. Sobre todo en el caso de la prostitución,



La imagen expresa las fantasías en torno a las relaciones entre mujeres en espacios reservados. Jean-Auguste-Dominique Ingres (1770-1887). *El baño turco*, detalle. París, Museo del Louvre.

los esfuerzos estatales de regulación provocaron la oposición pública y la resistencia femenina. Las mujeres de clase media aprovecharon la oportunidad para contar la historia de la prostitución como una historia de victimización y de seducción sexuales. A través de su relato expresaron sus propias quejas de los hombres y de la autoridad que se establecía sobre otras mujeres. La capacidad para hablar de sexo les abrió a ellas todo un mundo de nuevas posibilidades, pero sólo unas pocas a los objetos de su solicitud, esto es, a las "hijas del pueblo". No obstante, la vida y la subjetividad sexuales de las mujeres trabajadoras también cambió, en respuesta a los controles oficiales y a la regulación, así como a las nuevas oportunidades de autoexpresión sexual en el seno de la cultura comercial urbana. Espacios para la improvisación, anonimato y servicios especializados hicieron posible que la travestida, la prostituta, la mujer que aborta y la pareja femenina difuminaran sus actos ilícitos y crearan redes sociales en un paisaje urbano moderno.

## La mujer trabajadora en el siglo XIX

Joan W. Scott

La mujer trabajadora alcanzó notable preeminencia durante el siglo XIX. Naturalmente, su existencia es muy anterior al advenimiento del capitalismo industrial. Ya entonces se ganaba el sustento como hilandera, modista, orfebre, cervecera, pulidora de metales, productora de botones, pasamanera, niñera, lechera o criada en las ciudades y en el campo, tanto en Europa como en Estados Unidos. Pero en el siglo XIX se la observa, se la describe y se la documenta con una atención sin precedentes, mientras los contemporáneos discuten la conveniencia, la moralidad e incluso la licitud de sus actividades asalariadas. La mujer trabajadora fue un producto de la revolución industrial, no tanto porque la mecanización creara trabajos para ella allí donde antes no había habido nada (aunque, sin duda, ése fuera el caso en ciertas regiones), como porque en el transcurso de la misma se convirtió en una figura problemática y visible.

La visibilidad de la mujer trabajadora fue una consecuencia del hecho de que se la percibiera como problema, como un problema que se describía como nuevo y que había que resolver sin dilación. Este problema implicaba el verdadero significado de la feminidad y la compatibilidad entre feminidad y trabajo asalariado, y se planteó en términos morales y categoriales. Ya se tratara de una obrera en una gran fábrica, de una costurera pobre o de una impresora emancipada; ya se la describiera como joven, soltera, madre, viuda entrada en años, esposa de un trabajador en paro o hábil artesana; ya se la considerara el ejemplo extremo de las tendencias destructivas del capitalismo o de la prueba de sus potencialidades progresistas, en todos los casos la cuestión que la mujer trabajadora plantea-